

VEINTICINCO AÑOS DE *SIGNOS*

En el verano de 1993 el Alto Aragón presentó con orgullo a propios y extraños los *signos* de su compleja, y trascendental, Edad Media. La gran exposición *Signos: arte y cultura en el Alto Aragón medieval* fue una iniciativa costosa (se invirtieron unos 35 millones de las antiguas pesetas y más de un año de trabajo) organizada en el marco del Año Jacobeo por el Gobierno de Aragón y la Diputación Provincial de Huesca que tuvo como sedes las ciudades de Jaca y Huesca. En la recuperación del pasado como valor cultural en alza, todo el mundo estuvo de acuerdo. El interés político se perfiló con claridad: fomentar la identidad entre los ciudadanos. Y la voluntad de los investigadores quedó no menos explícita al presentar objetos artísticos y culturales singulares. María del Carmen Lacarra, una de las comisarias, junto con Carmen Morte, recalcó que “estas obras no se podrán volver a reunir nunca más”.

El poder de atracción de los objetos se hizo especialmente evidente en algunos casos. Recordemos la expectación causada por la silla de san Ramón, considerada el mueble conservado más antiguo de Europa, cuyos fragmentos salvados de la quema se presentaron montados en una estructura de metacrilato. Su historia reciente había sido trágica. La noche del 7 de diciembre de 1979 Erik el Belga robó la silla de la catedral de Roda, junto con un botín de enorme valor, y en 1985 —según relató la prensa— su equipo la partió y quemó algunos fragmentos en un intento frustrado de forzar la salida del ladrón de su prisión preventiva. Los trozos recuperados se convirtieron en imagen de la exposición.

Veinticinco años después de *Signos*, en plena era digital y de la reproducibilidad, los investigadores nos planteamos otras formas de acercar el patrimonio a los diferentes tipos de público. Sin embargo, no es menos cierto que *Signos* y su secuela,

Signos II (1994) —para el periodo del Renacimiento y el Barroco—, marcaron un antes y un después en lo que respecta a exposiciones de arte altoaragonés, y que su fórmula de pequeños ensayos a cargo de especialistas combinados con fichas monográficas de las obras escogidas se replicó en otras muestras tan importantes para el Instituto de Estudios Altoaragoneses como *Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681): la pasión de saber* (2007), a cargo de Carmen Morte y Carlos Garcés.

En este número de *Argensola*, la “Sección temática” recoge, bajo el título de “Aportaciones al estudio del arte altoaragonés”, seis artículos que abarcan desde la Edad Media hasta comienzos del siglo xx. Los trabajos abordan y valoran la obra artística desde diferentes enfoques que atienden a la forma, al contenido o a ambos aspectos. Sorprendentes son las conclusiones de Juan Ramón Ugarte sobre un capitel de la catedral de Roda de Isábena, donde identificó a Eneas con la rama dorada —vinculada a Cristo y a su facultad para traspasar el umbral entre la vida y la muerte—, el Cancerbero y la sibila de Cumas. Sirva la publicación de este trabajo como homenaje al autor tras su reciente fallecimiento. A continuación, Samuel García se apoya en un documento cuya importancia había pasado totalmente desapercibida para datar en el primer tercio del siglo xiv dos imágenes de la ermita oscense de las Mártires, asignarles promotor e incluso autor, Guillermo Inglés, responsable en la ciudad de las esculturas principales de la portada occidental de la catedral y creador de un estilo cuya influencia puede observarse en la imagen de la Virgen de las Nieves de la iglesia de San Pedro el Viejo. Del medievo nos trasladamos después al siglo xvii. El retablo de san Orencio, ubicado en la iglesia oscense de San Lorenzo, constituye un conjunto sobresaliente, con novedades importantes en cuanto a estructura, en el que destaca la magnífica pintura del titular, un cuadro de gran formato realizado por el madrileño Pedro Núñez en 1628. Se ha aprovechado la última intervención (2016-2017) para ofrecer un estudio del retablo en profundidad. En él, sus restauradoras, Rosa Abadía y Elena Aquilué, abordan los aspectos técnicos del mueble, y Carlos Garcés y yo misma lo relacionamos con temas históricos, iconografía y elementos formales. También el retablo mayor de la iglesia laurentina destaca por sus formas (es el segundo aragonés en incorporar la columna salomónica) y por su temática, ni tan obvia ni tan simple como podría parecer. En mi artículo destaco cómo la mazonería y la escultura, a cargo de Sebastián de Ruesta y Pascual Ramos (1647-1650), explican la función mediadora y extremadamente generosa del santo para con sus devotos oscenses. Claro que no todo son bendiciones: en las antípodas de la caridad se encuentran las negativas y exuberantes bichas. El

estudio de Miguel Ángel Alvira Juan y Fernando Alvira Banzo tiene como objetivo poner en valor la plástica del hermano jesuita oscense Martín Coronas. Los autores se centran en sus diseños de principios del siglo XX para dos lugares ignacianos: la ermita de la Magdalena de Azpeitia y la casa natal del santo, en Loyola. La decoración de esta última fue desmantelada en 1991 y de ella solo quedan algunas piezas relevantes. Las cuidadas composiciones de Martín Coronas, siempre con modelos del natural, merecen, en opinión de los investigadores, más atención y un mayor reconocimiento de la crítica. Finalmente, Roberto Anadón y Ana Isabel Serrano estudian los órganos de tubos de varias localidades de La Jacetania: el de San Fructuoso de Bailo (según creencia popular, con origen en el monasterio de San Juan de la Peña), el del Salvador de Salvatierra de Esca (realizado en 1684 por Juan de Apecechea), el de Santa Eulalia de Berdún (obra de Tomás Longás en 1738), el de San Martín de Hecho (moderno, instalado en 1965-1966) y el de San Pedro de Siresa (realizado en 2007). Esta es la segunda parte de un trabajo, apoyado con una Ayuda de Investigación del IEA concedida en 2016, cuya primera entrega vio la luz en el pasado número de *Argensola*.

De la “Sección temática” se pasa directamente a la “Sección abierta” porque este número no cuenta con “Boletín de noticias”. En la última parte de la revista tienen cabida cuatro artículos. Carlos Garcés nos traslada al oscuro tribunal de la Inquisición al abordar un supuesto crimen sacrílego en el que se involucró al canónigo de la catedral de Huesca Martín de Santángel a comienzos del siglo XVI. El canónigo fue víctima de una interesante trama de intrigas que aprovechó su punto más débil: su origen judeoconverso. A continuación, Alejandro Carruesco y Fernando Varas estudian la justicia oscense durante la época de Fernando VII. Tiempo atrás, en 1745, el corregimiento de Huesca se había convertido, por su proximidad con Francia, en gobierno militar, a cargo de un gobernador militar y político auxiliado por un alcalde mayor. Los autores destacan las actuaciones de estos funcionarios y su aprobación o su falta de aceptación en el primer tercio del siglo XIX, una de las épocas más convulsas de toda la historia de España. Un ejemplo: al gobernador Antonio Clavería, después de su primera reacción ante la ocupación francesa, se le consideró afrancesado y se le dio muerte en Huesca el 5 de junio de 1808. En buena medida la identidad española se fraguó en el siglo XIX por oposición al francés, prototipo de enemigo nacional. Todavía en 1887, como explica Jorge Infante, el geógrafo y miembro de la Institución Libre de Enseñanza Rafael Torres vio en el proyecto del ferrocarril de Canfranc un motivo de preocupación porque facilitaría una posible invasión de nuestros vecinos. Torres

ofrece en la reseña de su viaje al Alto Aragón una visión que entrelaza, de acuerdo con el krausismo, el desarrollo social con las características físicas del territorio. En su opinión, la ausencia de precipitaciones —y el escaso aprovechamiento de los ríos— marca el pobre desarrollo económico de Huesca y genera despoblación ante la falta de oportunidades. Finalmente, Javier de la Fuente relata el origen, el desarrollo y el triste final —al menos hasta ahora— de la granja de colonización de Almudévar. Proyectada por Regino Borobio, arquitecto al servicio de la Confederación Sindical Hidrográfica del Ebro, y su hermano José, se puso en marcha en 1932 como Centro Agronómico de Almudévar. Este polo pionero de experimentación formó durante décadas a los agricultores en técnicas de cultivo y métodos para combatir la excesiva salinidad de la tierra y maximizar los efectos del agua de riego. Lamentablemente, el centro, junto con sus edificios —un interesante conjunto moderno y funcional inspirado en la arquitectura popular— fue decayendo, afectado, entre otros problemas, por el movimiento migratorio de los pueblos a las ciudades. Hoy la granja de Almudévar, después de ser declarada bien catalogado del patrimonio cultural aragonés, espera un proyecto que le devuelva algo de su antigua vitalidad.

Rafael Torres cuando conoció Huesca a fines del siglo XIX la consideró “una población sin carácter” y privada de “aspecto monumental”. Desde luego, en esa época los procesos desamortizadores, por un lado, y la modernización ligada a su condición de capital de provincia, por otro, habían acabado con buena parte de sus antiguas construcciones o las habían dejado desfiguradas y mermadas en cuanto a dotación de bienes muebles. Pero, como nos recordó muy especialmente la exposición *Signos* hace veinticinco años, se conservaron piezas únicas —hoy en mejor o peor estado— que, además de hablar de sí mismas, revelan algo del marco histórico y cultural en el que fueron creadas. Es voluntad de todos los que participamos en *Argensola* potenciar el conocimiento del Alto Aragón, ni más ni menos interesante que cualquier otro lugar; nos centramos en él porque allí están nuestras raíces, y asumimos la responsabilidad de estudiarlo, difundirlo y protegerlo.

M.^a Celia Fontana Calvo
Directora de la revista *Argensola*